



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL HUERTO DE UNA HOLGAZANA CONFESIONES DE UNA APRENDIZ PIA PERA

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

A la tía Laura y al tío Ugo

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *L'orto di un perdigiorno.*
Confessioni di un apprendista ortolano

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda a la traducción
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

© Pia Pera, 2013
Derechos adquiridos a través de Italian Literary Agency
y Ute Körner Literary Agent
© de la traducción, Miguel Ros González, 2022
© Errata naturae editores, 2022
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-05-5
DEPÓSITO LEGAL: M-6026-2022
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: *Japanese Beetle*, © Michelle Morin
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Sed felices, queridos cinco,
mientras que yo siga vivo...*

W. H. AUDEN

*He vivido sin inquietud alguna
dejándome llevar dulcemente
por la buena ley natural,
y me sorprende mucho
que la muerte pensara en mí,
que nunca pensaba en ella.*

VINCENT VOITURE

*Manto de forro, gorro abrigado,
anchas zapatillas de fieltro,
en la pequeña torre, junto a la ventana baja,
al lado del brasero esculpido.*

*El cuerpo descansa, el corazón está en paz,
sin la obligación de levantarse temprano.*

*¿Sabes estas cosas los cortesanos
en la capital del Oeste?*

BAI JUYI

EL COMIENZO

La felicidad de las guindas · Fukuoka · Yo también · Kafka y el regreso al paraíso terrenal · El valle del Guappero · La finca · Un jardín mediterráneo · En el colegio · Huerto y jardín · Un maestro exigente · Cuatro metros cuadrados · Un puñado de tierra · Humus y arcilla · Principios de la no acción · Una lenta inversión de la marcha · Grama · La división del huerto en cuatro · Alfalfa · Los peligrosos jardineros chapados a la antigua · Tentaciones · Cómo trabajar con la azada sin romperse el espinazo · La siembra

En ocasiones la felicidad es demasiado intensa, desbordante, imposible de contener. Como ahora, ante el rojo rubí de las guindas contra el verde oscuro de las hojas. El placer de observar todos estos puntitos, de un rojo puro y resplandeciente. La gula nos invita a arrancarlas, una tras otra, con prepotencia. El hueso permanece unido al tallo; en la mano sólo la pulpa, que nos tragamos, ahorrándonos incluso el esfuerzo de escupir. Quién sabe por qué los estorninos dejan las guindas en paz. Cogen las demás cerezas, todas, antes de que la mano humana logre alcanzarlas. Sin embargo, éstas, las más suculentas, las más sabrosas, las dejan. Las guindas aparecen en los lugares donde los amigos van de vacaciones. En Tereglio, en Val Fegana, hay un árbol que crece a los pies de casa y se eleva hasta el balcón: para cogerlas basta con estirar el brazo, no

hay que levantarse siquiera. O en Nozarego, en la colina a espaldas de Paraggi. En la casa siguen durmiendo. A los demás también les he hablado de este árbol maravilloso, de frutos succulentos al alcance de la mano, pero ninguno ha tenido ganas de bajar un poco, hasta el final del campo. Reina un silencio límpido, con el trino esporádico de los pájaros; la hierba está seca, pero aún fresca; el aire es una caricia. Rojo puro contra verde oscuro aterciopelado; por la garganta desciende un líquido ligeramente amargo, a veces casi ardiente; arranco cerezas a puñados, una tras otra, quién sabe cuándo pararé.

Es una delicia ser la invitada en casas ajenas y no hacer nada de nada. Si además es época de guindas, la felicidad es redonda. También he sembrado guindos en mi finca. Aún no me llegan ni por la rodilla: tienen casi tres años, pero al principio su desarrollo es lento. Sólo a partir de cierto punto el crecimiento se vuelve impetuoso, y casi da la impresión de que el árbol se ha levantado de golpe. Dentro de unos años disfrutaré del placer de las guindas en casa, pero será distinto, porque allí siempre hay algo que hacer, algo que me distrae. En cambio, aquí, como invitada, no tengo cometidos de ningún tipo, y cuando devoro guindas devoro guindas, y punto.

Que en casa siempre haya tantas cosas que hacer es un auténtico escándalo: a fin de cuentas, cuando decidí encargarme de una finca abandonada me inspiré en la agricultura de la no acción de Masanobu Fukuoka, vetusto japonés de la cálida y húmeda isla de Shikoku. Había leído *La*

revolución de una brizna de paja, un libro casi del todo inútil para quien cultiva su huerto en nuestro clima mediterráneo. Lo que ocurre es que, al principio, me era imposible saberlo. Me dejé cautivar leyendo la historia de este señor —de aspecto muy elegante, por lo demás—, que un buen día tuvo una de esas iluminaciones que acostumbramos a calificar de «zen»: en el mundo no hay nada en absoluto, y él no entiende nada. Todas las nociones con las que había comulgado hasta entonces le parecieron de repente artificios vacíos: «Mi espíritu se volvió ligero y transparente. Empecé a bailar como loco de alegría. Oía a los pajarillos cantar en los árboles y vislumbraba las olas lejanas centellear bajo el sol naciente. Las hojas danzaban, verdes y brillantes. Sentí que aquello era un verdadero paraíso terrenal. Todo lo que hasta entonces me había dominado, todas las angustias, se desvanecieron como sueños e ilusiones, y ante mí apareció, revelada, la que podríamos llamar “naturaleza verdadera”». Así pues, dejó su trabajo en la ciudad y volvió a la finca de sus antepasados. Se le puede ver en una serie de fotografías incluidas en otro de sus libros, *La granja biológica*: un viejecito de piel rugosa y morena, con la mandíbula huesuda y una perilla entrecana, sonrío de alegría entre nubes de flores blancas y rosadas. Es un radiante día de primavera, y el cielo azul ilumina melocotoneros, ciruelos y cerezos. Fukuoka, cuyos ojos brillantes asoman por la rendija de los párpados, es uno de esos pacientes sabios de Oriente, listos para empezar de cero después de cualquier cataclismo, sobre los que William Butler Yeats escribió: «Sus ojos, sus ojos ancianos, sus ojos brillantes, se alegran».

Pues sí, yo también quería ser así. Yo también cambiaría el trabajo en la ciudad por la finca de mis antepasados. Allí encontraría el paraíso.

Paraíso en la tierra, paraíso terrenal. Ya no recuerdo dónde, pero Kafka escribió que no habría que preguntarse por qué el ser humano perdió el paraíso terrenal, sino por qué no hace nada para regresar. A él, ciudadano de Praga, quizá se le escapó que todo el que vuelve al campo, todo el que quiere un jardín, está empujado por este deseo, el de un regreso al Edén.

Por suerte, como Fukuoka, también yo tenía una finca a la que regresar, en las faldas del monte Pisano, una zona geológicamente ajena al resto de Italia. Escribe Rudolf Borchardt: «La isla protohistórica de los montes pisanos no pertenece al continente italiano, sino que está formada, como las islas que ahora descansan frente a ellos, de esquistos o mármoles más antiguos y posteriores». Se trata de las islas del archipiélago toscano: la Gorgona y, más al sur, Capraia, Elba, Giglio y Montecristo. Cuando se detuvo en la ladera occidental de los montes pisanos, Percy Bysshe Shelley se sintió inmerso en una luz griega. No en vano, como siempre ha apuntado Borchardt sobre el paisaje de los montes pisanos, «en la costa occidental italiana se repite la fase pelágica de la costa oriental griega».

De este pedazo de la Grecia italiana veo desde casa la ladera del monte Penna y las faldas del Cotrozzi. Montes

antiquísimos, redondeados por el tiempo. En el fondo del valle hay un torrente, el Guappero, que marca la frontera entre los sustratos calizo y silíceo. Desde mi casa, las rocas silíceas se encuentran al otro lado del torrente. Son rocas de memoria antigua, capaces de retener rastros de eras pasadas: un minúsculo helecho del Paleozoico, la ofioglota o lengua de serpiente, y las turberas de esfagno, recuerdo de la glaciación de hace trece mil quinientos años. Las colinas silíceas están recubiertas de pinares completamente artificiales. Antes crecía el castaño, que también plantó el ser humano. El bosque autóctono, en cambio, estaba formado por robles pubescentes y rebollos, y por laureles silvestres: un vestigio del bosque de laurisilva que caracteriza las zonas tropicales de India y de África, y que se remonta a la época, hace millones de años, en que el clima aquí era húmedo y cálido.

El sustrato geológico, y por tanto la flora, son totalmente distintos en la vertiente donde se encuentran mis cinco tierras de suelo arcilloso, a los pies del monte Penna y de otras colinas calizas. Estas laderas son más áridas e inclementes para la vegetación: la agrietada caliza no retiene el agua. Aquí se encuentran muchas orquídeas típicas de las regiones cálidas. Pequeñas flores rosas parecidas a los lirios. Y también el lirio enano, la siempreviva olorosa, la *Smilax aspera* o zarzaparrilla (conocida como «arranca calzones»), con la fragancia de sus flores en julio; el lentisco, el madroño, el majuelo y el ciprés.

Vivo en esta finca desde hace un tiempo. He reestructurado la casa colonial para adaptarla a mi forma de vida. La bodega se ha convertido en sala de estar, el almacén en cocina y el henil en mi estudio. He restaurado el horno y lo enciendo de vez en cuando para preparar pizzas, panes, pasteles de verdura y asados. El terreno que rodeaba la casa no tenía casi nada de la finca original. Antes de mi llegada se habían vendido varias tierras, habían arrancado el viñedo y habían abatido el gran nogal. Mi idea era plantar árboles antes de venirme aquí a vivir: los árboles son lentos, quería ganar tiempo. Pero quizá fue un error: ahora plantaría árboles, sí, pero ante todo frutales. La cuestión es que llegué a esta finca empujada por una fascinación confusa. Quería venir, pero no sabía muy bien para qué. Se me encogía el corazón al verla deteriorarse. Sin embargo, no había caído en la cuenta de que la casa, y sobre todo la tierra, transformarían mi vida y decidirían por mí. Me alejarían poco a poco de la ciudad.

Al principio, la certeza de no tener la más mínima experiencia en jardinería me bloqueaba; no sabía nada de estilos ni de cultivos en general, necesitaba que me lo explicaran todo. La mera idea de plantar algo me aterrizzaba... ¿Sabría hacerlo bien? ¿En el lugar exacto? ¿Y las distancias? Necesitaba consejo hasta para las cuestiones más elementales. Pero sí estaba segura de algo: no quería un jardín que necesitara riegos continuos; quería que fuese capaz de prescindir del agua, como quien

dice. Nada de césped al estilo inglés. Y, en las borduras, plantas que se volvieran autosuficientes con el paso del tiempo: lavanda, euforbia, *Perovskia atriplicifolia*, *Stachys lanata*, cipresillo, romero, salvia, artemisa, cineraria, jara, valeriana silvestre, además de toda una serie de graminéas y plantas ornamentales. ¿Y la distancia al plantar directamente en el suelo? Vino un amigo, Paul, a colocar las plántulas por mí, y me explicó que el primer año la bordura se vería muy pelada, pero que las zonas vacías acabarían llenándose. Hasta entonces, tendría faena de sobra arrancando las malas hierbas que colonizarían las partes de terreno descubierto. Ahora me cuesta creer que hace apenas unos años era tan sumamente analfabeta, pero es la verdad. Mi única experiencia de jardinería eran las macetas en los alféizares o en las terrazas de las casas de ciudad. La tierra abierta se presentaba ante mí como una gran incógnita. No debemos olvidar que siempre hay un momento en que ni siquiera las cosas más sencillas nos resultan evidentes.

Aquel primer jardín fue mi educación primaria. Exigió mucho esfuerzo: excavar hoyos, plantar árboles y arbustos, despejarlos de malas hierbas, regar e intervenir ocasionalmente en caso de enfermedad. Una vez finalizado el acondicionamiento básico, el cansancio fue remitiendo y las tareas de mantenimiento se volvieron esporádicas, entre otras cosas porque renunciar a un orden perfecto no me costó nada. Me parece más gratificante esa esencia característica de los jardines un tanto descuidados.